

RESEÑA

Platón, *Íon* (traducción, introducción y notas de Patricio Domínguez y José Antonio Giménez), Santiago de Chile: Universitaria, 80 pág, 2020.¹

*I'm torn between the light and dark
where others see their targets in divine symmetry*
David Bowie, «Quicksand»

La nueva edición del *Ion* platónico publicada por la editorial Universitaria de Chile presenta una excelente oportunidad para seguir trabajando a este antiguo filósofo cuyos textos, todavía hoy, siguen sin agotar sus sentidos de lectura. A cargo de Patricio Domínguez y José Antonio Giménez, este volumen breve y compacto incluye una introducción de treinta páginas, la traducción del texto y un aparato crítico compuesto por más de noventa notas al pie. Ellas brindan tanto repeticiones idiomáticas como culturales, y acercan al lector de hoy elementos que en las coordenadas de producción del texto se presentaban como evidentes. Además, el libro cuenta con un recorrido bibliográfico para aquellos que deseen seguir investigando este diálogo.

Esta edición busca difundir el texto platónico de una manera concisa y acertada. La introducción se encarga de reponer la discusión sobre la autenticidad del *Ion*, brindar algunas claves de lectura y sistematizar la estructura de las discusiones dentro del diálogo. Aunque poco es dicho sobre el resto de su obra, el lector rápidamente podrá ubicar al *Ion* dentro de las disquisiciones platónicas, ayudado por los

¹ DOI: <https://doi.org/10.46553/sty.32.2023.p135-138>

lazos que los editores tejen hacia la *Apología*, el *Fedro*, la *República* y las *Leyes*.

La traducción, por su parte, presenta algunos giros novedosos con respecto a las anteriores traducciones castellanas de este diálogo. Siendo el *Ion* un tratado sobre el carácter absoluto del arte (nada menor en un filósofo que posiciona dentro del todo el conocimiento de lo idílico), la traducción de los neutros se torna de suma importancia. En uno de los pasajes, Sócrates supone que el arte poético lo conoce absolutamente todo, sorteando las especificidades propias de las otras artes, poniendo en jaque la pulsión artística de Ion. «ποιητικὴ γὰρ πῶς ἐστὶν τὸ ὅλον» (532c), dice el filósofo. En una traducción tradicional, como la de Lledó en Gredos, se espejaba en tanto «pues en cierta manera la poética es un todo». Sin embargo, en esta nueva edición, Domínguez y Giménez traducen el neutro τὸ ὅλον como un adverbio, agregando el limitante «como» antes de «un todo», resultando: «existe un arte poético como un todo». Este giro hacia un valor existencial del verbo ἐμὶ y la inclusión de ese adverbio suaviza la fuerza de la palabra socrática que tal vez, en estas coordenadas del texto y teniendo en cuenta la casi ridiculización que se hace de Ion, sí quiera afirmar que la poética es un todo, y no compararla con ese todo. Es una delgada y crucial línea; en ella, Platón se pone en discusión con otros teóricos estéticos, dialoga con otros artistas y se pregunta por la manera que tenemos de comprender el mundo y su particular forma de inserción en la temporalidad. Es una discusión abierta con Flaubert, con T. S. Eliot, con Benjamin, con Proust, donde la traducción acogida no resulta indiferente, y este significativo cambio se revela como crucial para lectores provenientes del campo de la literatura o de las artes.

Son curiosas las distintas lecturas del *Ion* por sus diferencias, amplitudes y posicionamientos. Bien puede leérselo como un auténtico tratado estético de la antigüedad, y en tal sentido dialogar con los formalistas rusos, la obra de Adorno o la de Derrida. El platonismo, aquí, concentra la existencia del artista en su visión particular, en la

percepción de un fulgor divino que lo dispara al todo. Como un joven Proust que recorre por primera vez los pasillos de las catedrales francesas y vive para contarlos, así Platón señala la trascendencia, indica con su dedo otra forma de temporalidad, encabeza un contacto con lo divino en la *manía* que produce la *mímesis* artística. Ese ajuste metafísico bien podría ser aproximado a la imagen de la línea dividida o a la alegoría de la caverna para comprender las cualidades de lo trascendental, una y otra vez más, en la filosofía platónica, no solo por la constatación de las Ideas sino también por la aproximación a una simbiosis divina producida en el pulso artístico.

Este diálogo también acelera sus lecturas en una clave política. Sócrates subvierte el cuasi monopolio pedagógico y cultural de los rapsodas, evidenciando sus fallas, sus carencias y, sobre todo, la mixtura que presentan entre su poca capacidad y su preocupante arbitrariedad enunciativa. Casi de forma irónica, como un perfecto artista, Sócrates corre los velos de la sociedad y señala allí justo donde nadie más ve. Y, un tanto en consecuencia, el *Ion* incluye disquisiciones gnoseológicas: la profundidad del debate se da por la distinción entre verdad y opinión, aunque ésta última se valide por su popularidad y su firme penetración en el imaginario social. En estas lecturas, el problema del *Ion* se aproxima al de *República*, donde se discute el valor del artificio y la censura de aquellos discursos que, por una mala transmisión de lo verdadero, incurren en ingenuas y dañinas falsedades. El artificio siempre se rescata: la ficción es una de las grandes encargadas de la transmisión de lo verdadero y, en última instancia, la mentira noble siempre permanece una mentira bella.

En último lugar, el *Ion* podría estar en consonancia con el *Fedro* y el *Banquete* si de erotismo se trata: la admiración que Sócrates admite sentir por el rapsoda rápidamente se licúa en el desarme del objeto deseado, en el juego de su carencia, y, en última instancia, en la ruptura de la identidad de ese otro que se define por algo que, en verdad, no posee: un arte. ¿No hay acaso un espejismo entre ese todo que

Ion no posee y la carencia que pronto lo sitúa lejos de ser un objeto plausible de deseo? Tal vez este diálogo sea uno más en que Eros bulle y se filtra por donde menos lo vemos; tal vez una relectura de estos pasajes en consonancia con otras imágenes helénicas pueda seguir desandando la compleja trama del dulce-amargo en la cultura occidental.

Múltiples puntas de lectura para un texto que, aun veinticinco siglos más tarde, tiene mucho para decir y mucho para ser trabajado. En todo caso, una demostración más de la grandeza poético-filosófica de Platón: sus sentidos estallados, la potencia de sus escenas, la significancia de su vocabulario, el asombro que sigue despertando su palabra, tan lejana y cercana a la vez. Esta nueva edición nos lo acerca, nos lo presenta y nos invita a zambullirnos otra vez en esa particular visión platónica.

Valentín Zabala²

² Universidad de Buenos Aires; e mail: valentin.zabala@hotmail.com.